

Crisis y cultura, o los retornos de lo innombrable

Pablo Alabarces

1. La crisis produce (pone en la superficie, cataliza, articula, nos permite, aquí, discutir en voz alta, transformar en voz lo que era murmullo) tres retornos de lo innombrable, o un regreso de tres significantes. Saludablemente: la política. Menos saludablemente, la violencia, pero esto dicho de manera apresurada, porque retorna lo que nunca se fue, sólo que se reviste de nuevos ropajes, o se vuelve desenfadadamente represiva y antipopular. Y esto último: también saludablemente, el regreso del pueblo como sujeto, en una última batalla contra la *gente*.

2. Pero en el principio fue el verbo: ¿de qué hablamos cuando hablamos de la *crisis*? Creo que cada uso cotidiano remite al estallido de diciembre del 2001 como explosión espectacular, que a su vez dispara las siete plagas: devaluación, crisis institucional, desaparición de la legitimidad y cuestionamiento de la representación política, agravamiento exasperado de la desocupación, el hambre y la miseria, radicalización de las condiciones de exclusión de (ahora sí) la mayoría del pueblo argentino. Sin embargo, un primer argumento cultural: suponer que *eso es la crisis* es limitar todo a pura casuística, a evento y acontecimiento, para colmo filmable y televisable –y las decisiones analíticas no pueden ser decisiones espectaculares: dos gramáticas. Más aún: esto supone facilidad clasificatoria y esquematismo argumentativo, según el cual podemos pensar algo porque un hecho habilita un hilo de discurso. Pertinazmente historicista, prefiero pensar en tiempos largos; pensar que esta *crisis* es sólo una puesta en escena de dos series complementarias: el fracaso del capitalismo para producir riqueza y distribuirla democráticamente, por un lado, y de una tradición de revuelta y resistencias que, pletórica de contradicciones como toda tradición real y no inventada (estas últimas suelen ser narrativamente más fluidas), puede ser leída en la historia social argentina. *Crisis*, entonces, aunque previsible, que no deja de ser más urgente por lo que actualiza. Entonces, propongo un desplazamiento del significante: de *crisis* a *crítica*, en el doble sentido de lo que reclama a nuestro pensamiento como ejercicio necesariamente opuesto a la razón dominante (pletórica de lugares comunes, de un sentido común naturalizado y hecho habla periodística), y como ejercicio de análisis, de deconstrucción y de costura.

3. Pero también: crisis y *cultura*. Y allí, giro lingüístico mediante, la tentación de reducir todo a un problema de flujo de discursos y actos de habla. Una tentación fácil de reprimir, cuando la explosión de diciembre significó sonidos y espacios significantes, una cadena de símbolos legibles e interpretables –nuestro oficio–, pero antes fueron cuerpos movilizados y reprimidos, muertes, balas: la dura materialidad de la muerte, como también la dura materialidad de una economía que no se limita –como nunca se limitó– a fetichismo o a intercambios simbólicos. La crisis del año que acabamos de vivir y del que seguimos viviendo no son sólo las imágenes de diciembre, de Puente Pueyrredón, de los desnutridos tucumanos; son antes su referencia, su corporalidad inalienable. Sin que este reclamo sea una suerte de pretensión pre-semiótica: sólo la necesidad de reponer aquello que algunos estudios culturales tientan desplazar.

Entonces: cultura también como un sistema de bienes y de prácticas dominados por el simbolismo. Y en ese territorio, la crisis nos obliga a pensar varios territorios simultáneamente: desde las prácticas de los actores legítimos (los intelectuales, gramscianamente hablando) hasta los repertorios puestos en escena, pero también las distintas dimensiones en que estas prácticas se ponen en juego. ¿Lo culto y lo popular? ¿Lo letrado y lo masivo?

4. Cuestión de humores: permítaseme exasperar el sentido pesimista, privilegiar la crítica, como reclamaba más arriba. Nuevamente, ser persistentemente gramsciano: entre el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, hoy nos toca la primera vuelta. Más los territorios donde lo viejo no termina de morir que aquellos donde nace algo –donde re-nace.

5. Por lo tanto, y esquemáticamente: el mundo de lo docto, aquello que pomposamente se supo llamar el mundo de “la cultura”, exhibe ante la crisis sus miedos, sus traiciones, sus capillismos, su menemismo disfrazado de progresismo, su renuncia a la crítica pero encubierta detrás de una hojarasca crítica, su populismo sofisticado sin la articulación conflictiva que definía al populismo como forma del antagonismo político, su práctica de las políticas culturales como reparto de canonjías estatales y feudos amistosos, su sujeción feliz al sometimiento periodístico. Publicarás en *Clarín* o no serás nada, reza el mandato de época, y a la doctrina se sujeta la práctica: puro renuncio. La Alianza significó el punto más alto de esta agachada de la inteligencia, de una ceguera política digna de mayor mérito: llamar moderado a un conservador, y festejar el hallazgo. Todo esto explica el poco éxito de la consigna “que se vayan todos” en este mundo: se sabe que incluye, y nadie está dispuesto a hacer las valijas y perder el subsidio (el carguito, el canon, la cátedra, la asesoría, el contrato). Por el contrario: la política burguesa siempre ofrece un puerto cálido, y los letrados argentinos sabrán encontrar la variante “progresista” adecuada. Una profecía: revisemos las solicitadas de apoyo a los candidatos los próximos dos meses. Estarán todos los amigos: *a éste lo conozco*.

6. Pero también, el mundo de lo masivo, el espectáculo televisivo, la cultura de masas: de la celebración de la revuelta de “la gente” al encubrimiento, a la demonización; la persistencia de una exclusión simbólica (porque el código de lo visible sigue idéntico a sí mismo) que duplica la económica, pero con un giro perverso. Porque se disfraza de polifonía, convoca un festín de voces falaz que es puro poliglotismo, una cacofonía de sonidos donde el organizador sigue siendo un sentido común conservador o directamente fascista, pretendidamente transgresor pero sin pasar ningún límite; un plebeyismo nuevamente sin opositor, sin antagonista. Parafraseo una afirmación de Sarlo: el universo de lo masivo, la industria cultural, ha perdido toda visión ética y estética, ha cometido todas las claudicaciones. Y va por más.

7. Entonces, retomo el inicio. *Y sin embargo*, la crisis nos muestra el retorno de tres significantes: política, violencia, pueblo.

Michel de Certeau sostiene que los textos doctos sobre lo popular eliminan la infancia, el sexo y la violencia, diseñando una geografía de lo eliminado que revela la intención censora del texto represivo. Podríamos decir que lo eliminado hoy en la

superficie de la cultura contemporánea son los cuerpos, la violencia y la política. Hay cuerpos que siguen siendo no representados, hay cuerpos que siguen siendo no decibles, y esos cuerpos deben ser expulsados. Hay cuerpos que siguen sin poder ser exhibidos. Es la distancia entre los cuerpos plenos de sexualidad histórica de las tapas de las revistas de actualidad, y los cuerpos plebeyos de los travestis callejeros. Esta estética plebeya, esa monstruosidad vuelta belleza que proponía Solanas en *La hora de los hornos* se ha cumplido solamente como farsa y como parodia. A la vez, la violencia represiva se nombra como orden, y la violencia sobre el cuerpo popular se nombra como justicia, y a la violencia popular se la llama simplemente violencia –porque a secas, es el término de la condena. Y la política es lo eliminado, porque el texto massmediático debe expulsarla, porque sus gramáticas no pueden capturarla, salvo como espectáculo del vacío y de la reproducción infinita del orden burgués.

Pero pareciera que *el piquete une cuerpo, violencia y política*. Por eso se suma allí la muerte: Darío Santillán y Maximiliano Kosteki asesinados en la Estación de Avellaneda son cuerpos, son violencia y son política. Decía Rodolfo Walsh que “una clase no se suicida”, por lo que tiene que llamar “orden y tranquilidad” al asesinato. Decía Walsh hace tantos años: “la clase a cuyo gobierno representan se solidariza con aquel asesinato, lo aceptan como hechura suya y no lo castigan, simplemente porque no está dispuesta a castigarse a sí misma”. A Santillán y a Kosteki los matan por *tomar la palabra*, que es el gesto de decir “aquí estoy, puedo hablar, me vuelvo visible, soy representable”; ése es el gesto que no se puede tolerar, ni desde el poder político ni desde el poder simbólico, porque la administración del discurso legítimo (letrado o masivo) no puede perder la capacidad de autorizar la palabra.

Y entonces, sobre esto: ¿cómo opera el relato, qué operación simbólica se despliega? ¿Desde dónde se narra la muerte del otro, desde dónde se narra la violencia establecida sobre los cuerpos populares? Siempre se habla del mismo lado, desde la cultura dominante, aunque esté disfrazada de un inocente e inofensivo progresismo. Es Marcelo Zlotogwiazda en “Periodistas” exigiéndole a D’Elía: “bueno, pero por sí o por no, ¿están con la violencia?”. ¿Por qué eso no se le pregunta a la clase que ejerce la violencia cotidianamente? Resuenan los ecos inolvidables de “Cabecita negra”, el cuento de Rozenmacher: la voz del señor Lanari que murmura “la chusma, dijo para tranquilizarse”, dice Rozenmacher que dijo Lanari en 1962, “Hay que aplastarlos, aplastarlos, dijo para tranquilizarse. La fuerza pública, dijo. Tenemos toda la fuerza pública y el ejército, dijo para tranquilizarse. Sintió que odiaba...”.

En ese mismo programa Adrián Paenza cerraba el bloque diciendo a cámara: “y, vos ¿ayudarías a un desconocido solamente porque está herido?”, en referencia a la muerte de Santillán por auxiliar a Kosteki en la Estación Avellaneda, un desconocido –dice Paenza. Y miraba a la cámara, ventana al mundo de la *gente como uno* y decía: “y, vos ¿ayudarías a un desconocido?”. ¿A quién se ayuda, a quién no se conoce? Lo que Paenza no lee es que los testimonios de los amigos de Santillán y Kosteki insistían minuciosamente en el mismo término nativo: “el compañero”. El periodista –¿cualquier letrado?– no puede escuchar al otro, a los nativos que dicen “compañero” –porque es una voz *otra* que ha tomado la palabra,

y ahí está el límite de una cultura represiva que no se entiende a sí misma como tal, confiada en su progresismo blanco. Y entonces, no escucha que hablan de Santillán y de Kostecki como *compañeros*, y en consecuencia no se da cuenta de que *saber leer* es entender que *compañero* no es simplemente un vocativo. *Compañero* está definiendo un campo de interpretación, un campo de sentidos dentro del cual la práctica de ayudar al otro es perfectamente legible; no se ayuda a un desconocido, se ayuda a un *compañero* y eso es lo que diferencia nada más y nada menos que al *pueblo* de la *gente*.

8. Y allí el tercer retorno: un viejo sujeto político que resurge de la condena massmediática y letrada. Con menos épica, afortunadamente, y con más miseria, pero señalando que la cultura y la política –o su mezcla afortunada, una *cultura politizada*– ha dejado de ser patrimonio de clases medias pretendidamente doctas y progresistas. Que así nos fue.

Puede haber en todo esto algo de *populismo negro*, como le reprochaba Ginzburg a Foucault. No es mala compañía.

9. La violencia exhibe la potencia del apotegma benjaminiano: todo documento de cultura es un documento de barbarie. La crisis nos revela la barbarie del saqueo, de la explotación, de la miseria, que edificaron nuestra modernidad; nos recuerda que las consecuencias de la dictadura son una factura interminable; que los repertorios de traiciones no se limitan a la clase política, sino que nos incluyen. Y nos intima a una sola intervención cultural: la política.

Bibliografía

De Certeau, Michel; Julia, Dominique y Revel, Jacques. La belleza del muerto: Nisard, en *La cultura plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

Ginzburg, C. (1981) *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnick.

Rozenmacher, Germán (1967) *Cabecita negra*, en *Cabecita negra*. Buenos Aires: CEAL.

Sarlo, Beatriz (2001) Rodrigo: un test para el futuro, en *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Walsh, Rodolfo (1973) *Operación masacre*. Buenos Aires: De la Flor.